

co Fernando de Austria, hecho que desencadenó la Primera Guerra Mundial, cuyo resultado fue el establecimiento del estado yugoslavo en 1918. Estuvo encarcelado por las autoridades austríacas (empezó a escribir su libro de poemas en prosa *Ex Ponto* en la cárcel). Ingresó en la carrera diplomática después de la guerra y como representante diplomático de Yugoslavia estuvo en Roma, Trieste, Bucarest, Madrid y Berlín. Volvió a Yugoslavia poco antes del bombardeo nazi de Belgrado, y allí pasó los años de la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de sus obras fueron publicadas después de la guerra. Su novela *Un puente sobre el Drina* obtuvo el premio literario otorgado por el gobierno yugoslavo. En 1961, la Academia Sueca le concedió el premio Nobel de literatura «por la fuerza épica con que ha sabido describir los temas históricos y los destinos humanos de su país». Falleció en Belgrado en 1975.

Además de ser un escritor de primera fila, cuyas obras han sido vertidas al castellano y publicadas en España, Ivo Andric fue uno de los escritores yugoslavos que estableció un contacto directo con España, contacto que se refleja en sus escritos sobre temas hispánicos. Sin embargo, hay que destacar que los años veinte y treinta de nuestro siglo marcan el período de intensificación del interés literario yugoslavo por España. Este hecho se debe parcialmente no sólo a la mediación de Andric, sino también de otros escritores yugoslavos importantes —Jovan Ducic, Milos Crnjanski y Rastko Petrovic— que conocieron a España y escribieron sobre temas españoles. No obstante, hay que tener en cuenta que a partir de los principios del siglo XX España también hizo un esfuerzo de establecer contactos culturales con Yugoslavia y otros países balcánicos. Pero este esfuerzo se debe al renovado interés de España por los «españoles sin patria», sintagma que forjó Angel Pulido para referirse a los judíos españoles establecidos en los Balcanes desde el siglo XVI. Durante el transcurso de cuatro siglos, los sefardíes han marcado la presencia cultural hispano-hebrea en el mosaico étnico y cultural de los Balcanes. En tiempos modernos fueron precisamente ellos los que efectuaron el importante papel de mediadores entre la cultura hispánica y la yugoslava. El fundador de los estudios hispánicos en Yugoslavia fue el Dr. Kalmi Baruh, un sefardí que conocía a Andric desde sus días de infancia pasadas en Visegrad, donde había una comunidad judeo-española igual que en muchas otras ciudades yugoslavas en Bosnia, Serbia y Macedonia. En los años veinte y treinta, el periódico *Jevrejski glas (La voz judía)* publicado en Sarajevo todavía traía colaboraciones en judeo-español, ya que todavía había muchos sefardíes en Yugoslavia que no conocían otro idioma.

Mencionamos a los sefardíes porque el primer contacto de Andric con la cultura española se produjo gracias a ellos. Andric conocía la comunidad sefardí de Visegrad, cuyos representantes aparecen en su novela *Un puente sobre el Drina* y otras obras. Aún más importancia tiene el hecho de que Kalmi Baruh estuvo en España en 1928, el año en que Andric vino a Madrid como diplomático. Baruh conocía la historia y la cultura de España y como tal fue el que «guió» a Andric introduciéndole en la realidad cultural de la antigua patria de los sefardíes. Por lo tanto, el primer contacto de Andric con España se produjo a través de la mediación sefardí, que dejó un impacto importante en la visión general de España, que se formó en la conciencia del escritor yugoslavo. Lo podemos ejemplificar con un texto de Andric escrito muchos años después (publicado en 1952) a propósito de una conmemoración de Baruh. En este texto

Andric se acuerda de su primera visita a Segovia en compañía de Baruh: «Para Kalmi Baruh, Segovia fue más que una experiencia histórica y estética, fue algo relacionado con su infancia y la vida cotidiana de la comunidad sefardí a la que pertenecía. Guardaba en su memoria los romances que había escuchado de niño, romances en los cuales la España petrificada de antaño tenía una vida de fantasma pero también real, la vida de las doncellas que lloraban y los caballeros que pasaban por Aragón (¿De qué lloras blanca niña? Caballeros van y vienen por la ciudad de Aragón). Siglo tras siglo, nuestras mujeres sefardíes las habían cantado... sentadas con sus bastidores en los patios sombríos de Bosnia.» Paseando por Segovia, Andric y Baruh llegaron a la calle de la judería nueva, el lugar donde ambos hombres pasaron por una experiencia extraordinaria: «Fue demasiado emocionante, las asociaciones que surgían demasiado complejas y profundas para que las pudiéramos articular allí mismo.» Andric la describe como un momento de síntesis temporal, un punto donde se produjo la convergencia del pasado con el presente, de la España mítica conservada en la memoria secular y la España real de hoy. Al mismo tiempo, esta experiencia y otras parecidas tienen una importancia fundamental en la poética de Andric, ya que uno de los temas más profundamente enraizados en su obra es el tema del tiempo: el lineal (histórico) y el circular (mítico). Su poética se basa en la idea esencialmente simbolista de que la realidad es un *signo* de otra realidad superior, la imaginaria, espiritual, intangible. La tensión entre las dos realidades es crucial. Pero los personajes que protagonizan su narración no son míticos. Al contrario, son personajes históricos, famosos o anónimos, personajes arraigados en su ambiente local y concreto. Todos proceden de Bosnia, una región que durante muchos siglos era la frontera entre el mundo occidental y el oriental, entre la Europa cristiana libre y la Europa también cristiana —heredera de Bizancio— pero incorporada a la esfera cultural musulmana. Bosnia era el lugar donde convivían varios pueblos (serbios, croatas, judíos, turcos, austríacos) con sus religiones (la ortodoxa, católica, judaica, musulmana) y tradiciones culturales. Andric lo ha resumido muy bien en una descripción de las noches de Sarajevo: «El que ha velado toda una noche en Sarajevo sabe discernir las voces de la noche de esta ciudad. Con sus campanadas densas y firmes, el reloj de la catedral católica da las dos de la madrugada. Transcurre un largo minuto y entonces se deja oír, con un sonido más débil, pero estridente, la voz de la iglesia ortodoxa, que hace sonar también sus dos campanadas. Después, algo más ronca y lejana, se oye la voz del reloj de la mezquita del Beg: da once campanadas, las fantasmales doce horas turcas, calculadas de acuerdo con la extraña división del tiempo de lejanos países. Los judíos no disponen de reloj que haga sonar sus campanadas y sólo Dios sabe qué hora es para ellos, sólo Dios conoce el número que indica el calendario de los sefardíes y de los askenazies. Así subsiste lo que separa, incluso en lo más profundo de la noche; así subsiste lo que separa en el recuento de las horas perdidas de esta noche que se acaba.»

No obstante, la metáfora cabal de la obra de Andric es *el puente*: «De todo lo que el hombre edifica y construye con su instinto vital creo que no hay nada mejor ni más valioso que los puentes. Son más importantes que las viviendas, más sagrados que los templos, más universales. Pertenecen a todos, no discriminan a nadie, son útiles, se encuentran siempre en el lugar justo, en la encrucijada del mayor número de necesi-

dades humanas, son más duraderos que otras construcciones, no se prestan a abusos y acciones secretas.» Andric escribió esto es una de sus crónicas de viaje titulada *Puentes*, donde describe los puentes pequeños y grandes que ha visto en Sarajevo, Roma, Turquía, España, Suiza. Todos ellos merecen igual atención, porque todos indican el lugar donde el hombre encontró un obstáculo, pero no obstante, siguió su camino, vencéndolo. Por lo tanto, el puente es el signo del eterno deseo humano de conectar, conciliar, unir todo lo que afecta su espíritu, su alma y su cuerpo. Al fin y al cabo, dice Andric, todo lo que expresa nuestras experiencias vitales tiende hacia «la otra orilla», se dirige a ella como a un objetivo, porque es allí donde descubrimos su verdadero sentido. Hay que vencer los obstáculos, hay que traspasar el caos, la muerte, el sinsentido. Todo ello es un paso al más allá, un puente cuyos cabos se extienden al infinito. «Comparados con él, los puentes terrestres no son más que pueriles juguetes.» Esta idea esencialmente platónica explica el carácter específico de las crónicas de viaje que escribió Andric, un escritor poco interesado en descripciones realistas y documentales. El viaje en el cual se basa la crónica del viajero es en muchos casos también un viaje en sentido figurado, es decir, la vida y el desplazamiento hacia «la otra orilla» donde todos los caminos terrestres confluyen ardiendo «como un ascua de salvación en nuestros ojos que se van apagando». Sus crónicas de viaje suelen ser fragmentos incorporados a sus novelas y relatos o textos cortos reunidos en el libro titulado *Signos al lado del camino*. Es prosa caracterizada por un denso lirismo, empapada de metáforas y símiles, diametralmente opuestos a las crónicas de viaje de tipo periodístico o realista.

Entre sus crónicas de viaje hay sólo una que se refiere a España. Se titula *Viaje por Castilla* y fue publicada en 1934 (posteriormente fue reeditada varias veces bajo otro título: *La realidad española y los primeros pasos en ella*). La cita de Antonio Machado que encabeza el texto —¿Quién ha visto la faz del Dios hispano?— indica inmediatamente que el autor no centrará su atención en la superficie de la realidad española, sino en la realidad intangible que se encuentra detrás de esa máscara. Al mismo tiempo se introduce una referencia bíblica que se irá desarrollando y ramificando en los párrafos posteriores.

En la nota introductoria Andric trata de definir la realidad española, pero lo hace precisamente en términos de lo irreal. «Partiendo del punto más distante de lo que el resto de Europa entiende por realidad, hay que imaginar una línea recta que continúa más allá ¿Hasta dónde? No hay respuesta. Nosotros, los extranjeros, no somos capaces de percibir dónde acaba. El propio espíritu hispano se sorprende a sí mismo a menudo y muchas veces no le apetece usar la palabra límite. Justamente en esa línea surge lo que entendemos por realidad española... Allí, por encima de la vida práctica pero íntimamente ligado a ella, aparece un ambiente fantástico donde se mezclan vagamente las aguas de la realidad y de la ficción así como los objetos más ordinarios de la vida cotidiana a menudo adquieren el color y la intensidad de un sueño.»

La oración con la cual comienza la descripción del paisaje castellano refuerza la impresión de lo irreal por medio de una comparación del paisaje real con un paisaje imaginario y arquetípico, el del primer día de la creación. Sigue otra comparación de la misma índole: el camino por donde va una mujer con un niño se compara con la escena de la huida a Egipto. Este procedimiento continúa hasta el final y tiene la función